

*Christina  
Dodd*



*Un secreto  
peligroso*

**Titania**

Un secreto peligroso

Solitarios 05

**Título Original:** *Outrageous*

**Traducción:** Batlles Vinn, Camila

**©1994,** Dodd, Christina

**©2013,** Titania Ebooks

**Colección:** Romántica-Histórica

**ISBN:** 9788499445007

Argumento

*Un secreto que vale un reino...*

Era alta y hermosa, coronada con una llameante melena pelirroja, pero la delicada belleza de lady **Marian** ocultaba su poderosa fortaleza. Cuando Elizabeth, su amada reina y querida amiga desde la niñez, se confiesa con ella, Marian juró que haría todo lo que fuera necesario para proteger el secreto de su soberana.

Para **Griffith Powel**, el galés marcado por la batalla enviado por el rey para velar por lady Marian, semejante osadía en una mujer no resulta atractivo. Pero aunque sus actos y palabras desafiantes le hacen hervir de furia, su salvaje belleza le atrae sin remisión ni esperanza de escapar de ella.

Nota de la autora

**P**ARA consternación de esta autora, los ingleses siempre han tenido la lamentable costumbre de poner a sus monarcas el mismo nombre repetidas veces. Por ejemplo, ha habido seis Jorges, siete Eduardos, cuatro Guillemos, y, lo que es más importante para nuestros fines, ocho Enriques y cinco Isabeles, dos reinas por derecho propio y tres consortes del rey.

Esta historia trata de Enrique VII y su consorte Isabel de York, padres del tristemente célebre Enrique VIII y abuelos de la formidable reina Isabel. Juntos fundaron la dinastía Tudor, que proporcionó estabilidad a Inglaterra, pero su infancia y adolescencia discurrieron en tiempos turbulentos, llenos de guerras, asesinatos, adulterios y torsiones de la peor especie. El adulterio y la traición configuran el telón de fondo de esta historia sobre Enrique VII e Isabel de York.

## Prólogo

22 de agosto de 1485

*Bosworth Field*

LA muerte pasó silbando junto a Griffith ap[1] Powel cuando esquivó la espada ensangrentada del caballero. Emitiendo su grito de guerra, hizo girar a su montura al tiempo que blandía su hacha de guerra.

El caballero cayó, pero Griffith no tenía tiempo de detenerse para observarlo. Otro caballero ocupó el lugar del primero, y otro, y otro más. Ninguno de estos debilu-chos ingleses poseía la habilidad de un galés, pero los guer-reros del ejército real de Ricardo seguían intentándolo con todas sus fuerzas. Griffith espoleó a su caballo. El terreno pantanoso se hundía bajo las patas del extenuado animal, y el olor fétido a muerte y descomposición flotaba a su alre-dedor. Por fin el corcel pisó terreno firme y, con un estruen-doso choque de espadas, Griffith se enfrentó al grueso del ejército de Ricardo.

Utilizando su maza y su hacha, se abrió camino a gol-pes y estocadas entre la interminable colección de solda-dos a caballo. Los gemidos y gritos asaltaban sus oídos. El chorro de sudor que le resbalaba por el rostro y le caía en la boca sabía a sal y acero. Sintió que le asestaban un gol-pe en la cadera, pero se apresuró a despachar a su agresor. La sangre manaba de un millar de pequeñas heridas, empa-pando el tejido acolchado debajo de su armadura, pero no hizo caso.

Tenía que llegar junto a Enrique.

La bruma matutina se deslizaba alrededor de Griffith. Las ranuras de su casco limitaban su visión, pero en la colina que se alzaba ante él divisó el estandarte que ostentaba la rosa de color rojo sangre de los Lancaster. Allí encontraría a Enrique Tudor, la última esperanza de la familia Lancaster.

Allí encontraría al hombre que sería coronado rey de Inglaterra.

Griffith peleó en los límites del campo de batalla, infligiendo daño donde podía sin perder de vista su objetivo. Se fue aproximando más y más, hasta que, tras dispersar a los guardaespaldas de Enrique con el ímpetu de su ataque, gritó en galés:

—¡Enrique! ¡Señor, no tardarán en venir!

Enrique respondió en la lengua de su juventud:

—¿Crees que no lo sé? —Señaló primero a un lado del campo de batalla, donde esperaba un ejército, y luego al otro, donde esperaba otro—. He enviado recado a cada uno de los comandantes, exigiendo que ataquen como prometieron hacer. No se han movido.

—¡Hijos de perra! —Griffith se quitó el casco y bebió ávidamente el agua que le ofreció el escudero de Enrique—. Juraron que nos ayudarían.

—Apuesto a que juraron lo mismo a Ricardo. —Enrique observó el campo de batalla—. Esperarán a ver cómo se resuelve la situación.

Griffith esbozó una sonrisa de feroz regocijo.

—El ejército de Ricardo es numéricamente superior al nuestro y nos aventajan, pero les hemos causado numerosas bajas. Hemos matado a su mejor comandante, y sus tropas están desmoralizadas. Pero mirad, señor. —Griffith señaló hacia el otro extremo de Bosworth Field—. Ricardo de York viene por vos.

Enrique contuvo el aliento mientras observaba consternado el grupo de soldados que se dirigían hacia él. Era un grupo numeroso, casi dos veces mayor que la guardia que le rodeaba. Lo encabezaba el propio Ricardo, sabiendo que si Enrique caía muerto, la causa de los Lancaster perdería fuerza. Ricardo, un excelente estratega y un curtido guerrero, podría haber sido también un buen rey, pero había arrebatado el trono a sus sobrinos. Había ordenado que asesinaran a los dos jóvenes, Dios sabe cómo, y que arrojaran sus cadáveres a una fosa común. Incluso en Inglaterra, donde las traiciones entre la realeza estaban a la orden del día, ése era un pecado que ni los plebeyos ni los nobles toleraban.

Ricardo III había ostentado la corona durante dos sombríos años, al tiempo que los rumores sobre su perfidia aumentaban. Decían que había mandado que envenenaran a su bondadosa reina, que había seducido a Isabel, su propia sobrina. Era hermana de los príncipes que él había ordenado que asesinaran, y de haberse desposado con él le habría proporcionado la legitimidad que Ricardo ambicionaba.

Pero se daba la circunstancia de que la joven estaba prometida con Enrique.

Era la unión ideal: la rosa roja de Lancaster y la rosa blanca de York. Griffith estaba empeñado en que se llevara a cabo.

Enrique no era un guerrero. Griffith no había decidido seguirle por su destreza en el campo de batalla, sino porque Enrique Tudor tenía derecho a ocupar el trono. Hijo de los Lancaster por vía materna, era el galés que prometían las antiguas leyendas, descendiente de Arturo, que uniría a Inglaterra y al País de Gales, dando a éste la autonomía que merecía. Griffith luchaba por Gales, por su hogar, por la promesa de tiempos mejores.

Con calma, como si él fuera el señor y Enrique su criado, le ordenó:

—Tomad el casco de manos de vuestro escudero y ponéoslo. Aflojad vuestra espada en su vaina. Sentaos de forma relajada sobre vuestra montura y procurad mantener el escudo ante vos. Conservad la serenidad y recordad —Griffith tocó con su maza el hombro de Enrique cubierto por la armadura— que no os he seguido desde Gales para ser derrotados.

—Me reconforta oírte decir eso —respondió Enrique.

Impartiendo órdenes en un inglés preciso y bien articulado, Griffith ordenó a los guardaespaldas de Enrique que formaran una hilera, les dijo que cargaran cuando él se lo indicara, colocó al abanderado al fondo de la fila y volvió a colocarse el casco. Luego regresó junto a Enrique y le dijo:

—No temáis, señor. Os protegeré con mi vida.

Consciente del peligro que corría, Enrique respondió:

—Quizá tengas que hacerlo.

Griffith ocupó su lugar en el borde de la colina, ligeramente por delante de los otros caballeros, y esperó. El grupo de Ricardo avanzó a través del campo de batalla en una pelea sin cuartel. Griffith siguió esperando. Su corcel temblaba, ansioso de unirse a la batalla. Esperó un poco más. Ricardo y sus hombres alcanzaron la colina. Y esperó. Los caballeros que se habían agrupado a su alrededor le rogaron que les diera la orden de cargar. Ricardo y sus hombres aminoraron el paso cuando comenzaron a ascender la colina. Entonces alzó la mano. Sus compañeros empuñaron sus armas. Griffith bajó la mano al tiempo que gritaba:

—*À Henry Roi!*

Los guardaespaldas saltaron de la colina como ángeles vengadores, aprovechándose de la velocidad que les ofrecía la cuesta descendente, el viento y el agotamiento de sus adversarios.

Pero Ricardo había elegido con acierto a sus caballeros, los cuales estaban tan entregados a él como Griffith a Enrique. Peleaban por Ricardo III, peleaban para que conservara el trono. Griffith giraba como un poseso, atacando, esquivando los golpes del enemigo, sembrando la muerte a diestro y siniestro con cada estocada y arriesgándose a morir con cada movimiento defensivo. Cada combate marcaba el fin de otro enemigo; cada combate generaba otro. Machacando a los hombres de Enrique con innumerables ataques, los soldados de Ricardo les obligaron a retroceder de nuevo hacia la colina, hacia Enrique. Griffith trató de impedirlo, de ralentizar la batalla, pero los hombres de Ricardo seguían avanzando más y más, aplastando a sus adversarios, numéricamente inferiores a ellos.

Griffith había contemplado la muerte cara a cara en otras ocasiones, por lo que no le costó reconocerla. Pero

no se rindió. No podía hacerlo. El sueño era demasiado intenso, su deseo demasiado acuciante.

—À *Henry Roi!* —rugió de nuevo, pero el alarido que sonó junto a su oído sofocó su grito de guerra.

El abanderado de Enrique había caído. Los hombres de Ricardo habían formado un círculo detrás de él y nada se interponía entre Ricardo y Enrique. Durante unos breves instantes, Griffith confió en que Enrique recordara sus instrucciones. De pronto oyó un estruendo ensordecedor. La tierra tembló y Griffith se volvió, dispuesto a repeler otra carga, a perder la última batalla de su vida.

Parecía como si un ejército se hubiera abalanzado sobre ellos. Otros caballeros, los cuales empuñaban unas espadas que no estaban ensangrentadas y lucían unas armaduras inmaculadas, cargaron en medio del conflicto crucial. Los ejércitos que aguardaban no esperaron más. Habían visto quiénes se esforzaban en vencer y quiénes caían derrotados, y se lanzaron a galope para apoyar a los fuertes y destruir a los débiles. Griffith encorvó la espalda sentado sobre su montura en un gesto de impotencia, y sus fatigados ojos buscaron a Enrique. No podía llegar a él a tiempo; no podía ayudarlo. Sólo Dios podía hacerlo, y Dios parecía estar muy lejos.

Alzó con gesto cansino su hacha de guerra y su escudo, no porque pensara que podía salir con vida de la refriega, sino porque era impropio de él rendirse. Pero los caballeros siguieron atacando sin reparar en él, y de repente lo comprendió todo.

Estas tropas peleaban por Enrique. Por el motivo que fuere —por el bien del país, porque la causa de Enrique era justa—, atacaron a Ricardo y a sus guerreros. Y los aplastaron.

Los caballeros recién llegados gozaban con su tarea. Se reían mientras mataban a los hombres de Ricardo. Se reían mientras mataban también a los caballos.

Asqueado, Griffith pensó: *No lo hacen por el bien del país. Ni porque la causa de Enrique sea justa. Lo hacen para vengarse de forma inmisericorde de Ricardo.*

Procurando mantenerse alejado de ellos, condujo a su corcel de nuevo junto a Enrique.

—Lo han atrapado —exclamó Enrique, pero su voz no denotaba triunfo—. Mira, están matando a Ricardo.

De todos sus hombres, Ricardo era el único que se sostenía en pie. Los caballeros rodearon al rey de York formando un círculo y le atacaron sin piedad. Ricardo se defendió asestando feroces y contundentes golpes, y Griffith comprobó sorprendido que le vitoreaba cada vez que el monarca decapitaba a un enemigo. Pero la proeza de Ricardo sólo consiguió estimular la brutalidad de los otros, que se lo pasaban de mano en mano, ensartándolo con sus espadas, hiriéndole con sus hachas de guerra, golpeándolo con sus mazas.

En un último intento por liberarse —o quizá de morir con honor—, Ricardo hizo que su caballo se encabritara. El animal relinchó al tiempo que agitaba sus patas delanteras, derribando a dos caballeros de sus monturas. Uno de ellos alzó su espada y el noble animal cayó al suelo, su pecho blanco como la leche atravesado por una herida sanguinolenta.

Ricardo cayó al suelo estrepitosamente, enfundado en su armadura, y los caballeros se precipitaron sobre él. Su peto y su casco volaron por el aire envueltos en una lluvia de sangre.

La noble tierra inglesa absorbió los riachuelos de sangre. La sangre de los soldados de infantería. La sangre de los caballeros. Y la sangre real de Ricardo III.

Enrique Tudor observó la carnicería con una expresión horrorizada pintada en su enjuto rostro. Volviéndose hacia Griffith, pronunció el juramento en virtud del cual gobernaría Inglaterra.

—Si así es como los ingleses tratan a sus reyes derrocados, juro por los clavos de Cristo que nada ni nadie conseguirá arrebatarme el trono.

## Capítulo 1

*Castillo de Wenthaven*

*Shropshire, Inglaterra, 1487*

**E**L sonido del choque de espadas reverberó a través de la larga galería de la elegante torre del homenaje, y Griffith *ap* Powel esbozó una mueca de disgusto.

—¿Un duelo? —preguntó a su anfitrión—. ¿Me ha traído aquí para presenciar una exhibición de esgrima?

El conde de Wenthaven, con una incipiente calvicie, unos rasgos aristocráticos y una manada de *cocker spaniels* pegados a sus talones ladrando, era el paradigma de cortés hospitalidad.

—Sólo trato de satisfacer su petición.

Unas sonoras risas y exclamaciones de fingida aprensión asaltaron a Griffith mientras ambos hombres se abrían paso a través del círculo exterior de espectadores.

—No hay respeto para un guerrero en este país —comentó Griffith—. En Gales, combatimos a muerte con una buena espada que hay que sostener con ambas manos y un enemigo ante nosotros. No existe el llamado deporte de esgrima.

Con un elegante ademán, Wenthaven despachó el País de Gales y sus usos y costumbres.

—En realidad se trata de un deporte francés, pero muchos jóvenes viven aquí conmigo, y organizan una pelea con el menor pretexto. Pelean por el puro gozo de pelear,

de modo que yo les animo a que practiquen la esgrima. Las espadas son ligeras y tienen el filo romo, y un juicioso adiestramiento suele aplacar el impetuoso temperamento de los jóvenes. Por lo demás, si desea hablar con lady Marian, la antigua camarera de nuestra reina sin corona, debe venir aquí.

Griffith, indignado por la sensación de que abusaban de él y un total desprecio por la misión que le habían encomendado, replicó:

—¿Disfruta esta tal lady Marian viendo a unos estúpidos jóvenes destrozarse a golpe de espada?

Wenthaven se burló de Griffith con una sonrisa que puso de manifiesto sus hoyuelos.

—Si observara más detenidamente, vería el papel que desempeña lady Marian.

Su elevada estatura permitía a Griffith ver por encima del círculo de espectadores que jaleaban a los espadachines. Dos figuras danzaban sobre el pulido suelo de piedra, batiéndose con unas espadas con el filo romo. Ambos hacían gala de una destreza extraordinaria, la cual confirmaba la salud física y el espíritu juvenil de ambos.

Griffith no daba crédito.

—Uno de los espadachines es una mujer. Una mujer que empuña una espada.

Como una llama sobre una vela blanca, su cabellera rojiza le caía de la cofia enmarcando su pálido rostro. Sus ojos verdes chispeaban; su dentadura relucía cada vez que esbozaba una sonrisa deslumbrante. El borde de su falda de seda color crema colgaba de su brazo, permitiendo a

Griffith atisbar sus musculosos tobillos y pantorrillas hundidos en unas medias de seda. Sus ágiles movimientos le tenían tan fascinado, que no reparó en la espada que la dama empuñaba en la otra mano.

¡Santo David, qué alta era! La joven se volvió hacia el apuesto hombretón y le miró a los ojos con descaro.

A Griffith no le gustaban las mujeres descaradas.

Canturreando una canción y desafinando de forma evidente, la dama ponía en ridículo a su adversario con los hábiles movimientos de su espada, con su expresión risueña, con su elevada estatura.

Su adversario tenía ambas manos libres con las que pelear, y exhibía una destreza y agilidad capaz de hacer que la mayoría de los hombres desistieran de enfrentarse a él. Pero respiraba trabajosamente, resollando con fuerza mientras el sudor le caía sobre los ojos y esgrimía su espada con una agresividad fuera de lugar en un duelo amistoso.

Estaba perdiendo.

Wenthaven, que estaba junto a Griffith, dijo:

—Es magnífica, ¿verdad?

Griffith emitió de mala gana un gruñido de asentimiento.

—Todo lo que sabe se lo he enseñado yo.

Incapaz de apartar la vista de esa belleza demasiado alta y demasiado descarada, Griffith comentó:

—Está loco. ¿Cómo se le ocurre a un hombre enseñar a una mujer a batirse en duelo con una espada?

Wenthaven se rió.

—Una mujer como ella tiene que saber defenderse de... digamos que de pretendientes inoportunos.

Las espadas curvadas chocaron, y con el roce las hojas de acero chirriaron y saltaron unas chispas azules.

—¿Una mujer como ella?

—Sí. —Complacido al observar la intensa concentración de Griffith, el aristócrata anunció—: Es lady Marian Wenthaven.

Griffith se volvió hacia él, perdiéndose el golpe de gracia de Marian, pero el clamor de la multitud hizo que se fijara de nuevo en ella. La joven emitió un grito triunfal cuando la espada de su adversario voló por el aire. Deleitándose con su victoria, alzó los puños para celebrarlo, y Griffith achicó los ojos.

—La extravagancia es un rasgo muy poco atractivo en una mujer.

Deseó que su cuerpo comprendiera lo que su mente creía.

Wenthaven chasqueó la lengua.

—Supongo que Adrian Harbottle no tenía la menor posibilidad de vencer. Es uno de esos caballeros sin tierras, poco más que un patán.

Griffith miró al hombre al que Wenthaven se había referido de forma tan despectiva. Bendecido con un pelo